

7. Las dos epidemias

 Mercedes llevaba su vida organizada y operosa de oración por la mañana y asistencia a los enfermos durante el día.

Su amabilidad, su sonrisa, sus palabras de aliento... conquistaban los corazones de los enfermos y los familiares estaban muy conformes.

He aquí que de la noche a la mañana, aunque en distintos tiempos, irrumpieron las dos tremendas adversidades del siglo XIX: las epidemias del cólera y de la fiebre amarilla.

La historia de esos días nos hace tocar con la mano el heroísmo de Mercedes y de muchas otras gentes: sacerdotes, religiosos, médicos, enfermeras, señoritas, caballeros, simples ciudadanos..., que se vistieron todos con el traje de servicio del Buen Samaritano.

Hacia fines de 1867, se presentó en Buenos Aires el cólera, originado, según algunos, en las filas del ejército aliado, que operaba en la guerra del Paraguay.

La ciudad de Buenos Aires se hallaba indefensa ante esa invasión, sin medios profilácticos y sin estructuras hospitalarias o del todo insuficientes. La gente, aterrorizada, huía del lecho de sus enfermos, dejándolos abandonados a su suerte.

Recogemos una página biográfica de la Madre Camila Rolón, escrita por el Padre Pruneda: *"Entonces brilló la caridad de Camila. Pasaba horas, días y noches a la cabecera de los enfermos atendiéndolos con solicitud maternal, sin temor alguno al contagio que era tan fácil, sin que pudiesen detenerla en su obra humanitaria las manifestaciones de la enfermedad, capaces de poner espanto en cualquier corazón que no estuviese, como el de Camila, abroquelado con la santa caridad cristiana"*.

Lo que tan bellamente nos dice el Padre Pruneda de Madre Camila, podríamos muy bien aplicarlo a Mercedes y a muchos otros buenos samaritanos.

Todavía Buenos Aires no se había repuesto de los estragos del cólera, cuando, por enero de 1871, estalló otro azote: la fiebre amarilla. Jamás la ciudad tuvo que soportar epidemia tan espantosa. Los daños fueron creciendo. Durante algún tiempo, la epidemia se cobraba unas 300 víctimas diarias, llegando en su apogeo a más de 500.

Según las estadísticas, en el mes de abril de ese año hubo más de 2.535 víctimas. El total de víctimas alcanzó a 14.000 sobre una población de 180.000 habitantes.

Dado que la Madre Camila y la Madre Mercedes son contemporáneas y dos émulas en la santi-

dad, vamos a ofrecer sendos heroicos testimonios. Ambas fueron literalmente dos discípulas de Jesús, de Aquel que dijo: *"No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos"* (Jn 15, 13).

He aquí cómo la *Crónica* pondera la acción de Mercedes: *"Durante la epidemia, Mercedes se presentaba como ángel de caridad en las casas, en que sabía que tenían enfermos y no los abandonaba ni de día ni de noche, muchas veces hasta que entregaba sus restos a la tierra, después de haberlos preparado para una muerte cristiana, si su abnegación no conseguía conservarle la vida"*.

De la Madre Camila Rolón, escribe su hermana, Eusebia: *"Camila iba a una infinidad de casas, allí donde sabía que tenían necesidad de auxilios, sin mirar ni la hora, ni fríos, ni calor, ni cansancio. Socorría a los moribundos y les proporcionaba las últimas palabras de Jesús, María y José"*.

Heroína de la caridad

¿Cuáles eran los síntomas principales de la fiebre amarilla?

En los primeros cuatro días después del ataque contagioso, la fiebre ascendía hasta superar los 40°. El rostro se transfiguraba por el amarillo de la ictericia. Para aliviar la agitación febril, se usaban lociones frías de vinagre. La mirada, fuera de la órbita por la pupila dilatada, le daba un aspecto cadavérico, mientras la cabeza giraba hacia todos lados, atenazada por fuertes dolores de cabeza.

Aumentaban los dolores de la columna vertebral, mientras la comezón de las erupciones cutáneas no permitía el descanso ni de día ni de noche. Más tarde, el vómito negro y las convulsiones señalaban las últimas horas de vida.

Mercedes, como enfermera y misionera, los asistía con amor de madre.

Entre las numerosas familias que recibieron los servicios de Mercedes, se cuenta el caso de una familia chilena, cuyo jefe, al ver que tanto él como los suyos se salvaron gracias a los cuidados de la Sierva de Dios, respirando desbordante alegría, exclamaba: *"Abrazo a mi mujer y a mis hijos, gracias a la noble y virtuosa santiagueña, Mercedes Guerra"*.

Premios al mérito

Al final de la gran tragedia, cuando ya los ánimos se habían tranquilizados y las lágrimas se habían secado, la Municipalidad y la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires quisieron brindar su reconocimiento y su testimonio de gratitud a unos cuantos que se habían destacado por su abnegación y servicio a los pobres apestados.

Por su parte, Mercedes, como humilde Sierva de Dios, se retiró a su casa, para dar gracias a Dios por haberle conservado la vida, pese a todos los riesgos del contagio, y para continuar sus actividades ordinarias: atender a los pensionistas y asistir a los enfermos.

Pero, su sacrificada y heroica labor había impactado a mucha gente, y hasta a gente importante. Estos personajes comenzaron a hablar de que, entre otros, también Mercedes merecía que su servicialidad fuera reconocida y recibiera algún galardón.

Había una fuerte razón que los impulsaba. No sabemos si como resabio del cólera de años atrás o si por alguna otra dolencia, la salud de la Sierva de Dios se había debilitado y una rara enfermedad le había atacado las piernas, tanto que sólo podía moverse con las muletas.

Al irrumpir la fiebre amarilla en la ciudad, Mercedes podía permanecer en su casa exculpándose tras su dolencia. ¡Todo lo contrario! Ella, superando esa grave desventaja, se lanzó con audacia y empujando las muletas para asistir a los enfermos.

He aquí el relato oficial: *"Doña Mercedes Guerra: La historia de esta Señora parte el corazón. Ha perdido todos los miembros de su familia hasta el último, un hermano que vino a morir en sus brazos, en el momento en que ella se encontraba atacada de una enfermedad a las piernas, tanto que no podía dar un paso sin el auxilio de las muletas. El cuarto que habita está mostrando la industria (o habilidad) de su dueña. Ha trabajado en cuanto se le ha proporcionado; y cuando ya no ha podido más, se ha dedicado a enseñar a niños, con una santa resignación."*

"Durante la epidemia pasada, a pesar de su mala salud, se arrastraba hasta la cama de los desgraciados atacados, para asistirlos y llevarles recursos de

lo poco que ella podía recoger de las limosnas que le daban personas caritativas.

"Parece que Dios quiso recompensar tanta virtud; y en uno de esos días aciagos en que se encontraba dando auxilio al moribundo, fue sorprendida al ver que podía caminar sin muletas, cosa que no había podido hacer muchos años atrás. Su domicilio es en la Calle Chile 58".

Una forastera de lujo

Mercedes, el 22 de mayo de 1872, embargada de gozo, le escribió a su hermana Tránsito esta carta conmovedora: *"El domingo próximo, me van a llevar al Teatro, para recibir el premio a la "Moral y de la Industria". Es como ciento cincuenta pesos fuertes, pues las socias de la Sociedad de Beneficencia se han empeñado en dármelo a mí... Dios me favorece mucho; y de todos modos me honra esta ciudad de Buenos Aires, llenándome de méritos que no tengo... El tesorero, Don Pedro Pereira, presentó una solicitud para que me diesen el premio a mí. También lo hizo Don José de las Carreras, presentándose como una heroína de la caridad para con los apestados... Fray Ventura también lo hizo, presentándose como modelo de virtud y de industria; y a este tenor lo han hecho las demás socias y amigas.*

"No creas, mi Tránsito, que yo te cuento esto, porque creo que lo merezco, sino que te consueles con la idea de que, aunque he rodado lejos de mi familia, no he sufrido ninguna mengua que pueda

abochornarlos, sino ¡al contrario! En medio del padecer se ha más conocido nuestro nombre; y, aunque forastera, soy más estimada que muchas hijas del país".

Fiesta en el Teatro Colón

Una de la tarde del 26 de mayo de 1872. El Teatro Colón, colmado de público, lucía todas sus luces y sus galas. Las 450 luces colgaban de la Lucerna y, para su encendido, se empleó más de media hora. Las galas estaban representadas por las pinturas, bajorrelieves, estatuas, tallas y molduras artísticas, las butacas de terciopelo, los inmensos cortinados.

Por un lado, estaba el grupo bullicioso de las 25 escuelas de la Capital, regidas por la Sociedad de Beneficencia, que recibirían el premio por su laboriosidad y por su conducta; y por el otro, el grupo serio de las damas que serían premiadas, rodeadas de amigas y conocidas, todas vestidas como para un desfile de última moda, donde brillaban sus joyas y collares.

Cuando resonó el nombre de Mercedes para que fuera a recibir el premio, todos la aplaudieron, mientras ella lenta y modestamente se acercaba al escenario.

Y el premio de 150 pesos fuertes tendría un destino inmejorable: serviría para brindar algunos días de alegría y de ayuda a los pobres y necesitados.

Esas muletas, que le acompañaban en la asistencia a los apestados, deberían cubrirse de láminas

de oro, porque manifestaron el espíritu caritativo y audaz de la Sierva de Dios.

Y nos permitimos una sugerencia para los futuros pintores. Cuando le llegue el turno a Mercedes de ser beatificada –cosa que deseamos y esperamos con viva confianza–, yo diría que en ese estandarte que ondeará en la plaza de San Pedro, se pinte a Mercedes con dos muletas a la cabecera de un apestado.

Antes de terminar este capítulo, agradecemos cordialmente la labor de investigación del Profesor y Biógrafo Castro, quien, como lince, hundió su curiosidad en las estanterías del Archivo Nacional para descubrir la carpeta con tan valiosos datos sobre algunos aspectos de la vida y el heroísmo de nuestra protagonista.

Finalmente, como muchos lectores están acostumbrados a estar presentes en sus barrios, en el ritual del premio de honor a sus hijos, suspendemos la descripción del acto y de los agasajos en honor de Mercedes Guerra.

Bibliografía:

Córdoba, p. 37...; Castro, p. 171...

8. La ceguera

 Finalmente, después de tantos meses de pánico y pesadilla, la peste cesó y la población retomó su ritmo habitual. Mercedes siguió sus actividades de enfermera, tan necesarias tanto en la vida normal como –y mucho más!– en las epidemias. Esos servicios no sólo le dieron tantas satisfacciones morales, sino que también le merecieron un premio.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo, sin que volviera a asomarse la sombra de la Cruz. De un momento a otro quedó completamente ciega. Los distintos relatos de las *Crónicas* nos ayudarán a comprender la situación.

El caso se produjo en la forma siguiente. Cierta día en que la Señora Mercedes se encontraba en casa de la familia Lezica, asistiendo a uno de sus familiares, al inclinarse para hacer funcionar el pasador de una puerta, repentinamente sintió agudos dolores en ambos ojos, quedando de inmediato ciega. Pese a la solicitud y premura con que fue atendida, no se consiguió reacción favorable. La ciencia resultaba impotente para aliviar siquiera la dolencia.

Un especialista distinguido, después de examinarla prolijamente, como único remedio le aconsejó practicarle una operación, con el solo fin de aliviarle los agudos dolores que sufría. Pero aseguró terminantemente que no recuperaría la vista.

El diagnóstico era desconsolador. Por eso, ella no se resignó a someterse a la operación. Se entregó toda en las manos de Dios, deseando acatar su divina voluntad y sufriendo en la forma y en el modo que fuese de su beneplácito.

El Dr. Aguirre, que mucho la estimaba, se compadeció de su triste situación y aconsejó al practicante de su clínica, el Dr. Manuel Vidal Peña, que la visitara y procurara convencerla de la necesidad y urgencia de la operación.

Por su parte, el Dr. Félix Burgos, que era el facultativo que la atendía, insistió en aconsejarle lo mismo, hasta convencerla que se sometiese a la intervención quirúrgica. Una vez más, ella se resignó aceptando la voluntad de Dios, que le sería muy pesada, ya que, según el diagnóstico, no podría recobrar el sentido de la vista. Se practicó la operación: el nervio óptico y su ceguera, como ya se lo habían prevenido, permanecieron en el mismo estado de completas tinieblas.

Acató tan dura como penosa prueba, pero pidió con gran fervor al Señor, que por lo menos se dignase concederle la gracia de no ser gravosa a nadie. Consiguó la gracia, pero también aplicando la energía de su carácter. Así se expresa la *Crónica*: "Se vestía sola y, tanteando, encontraba los objetos que necesitaba. No

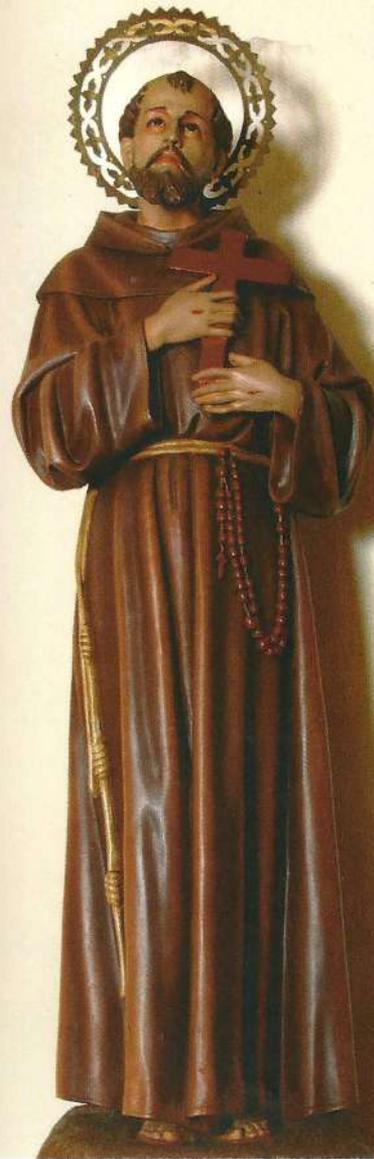


Imagen de San Francisco que se halla en el noviciado "Casa Pablo VI", en José C. Paz en la Pcia. de Buenos Aires, la Madre Fundadora quiso vivir como él, su modelo guió y guía aun hoy los pasos de las Hermanas.



"Niño Jesús de la Espina" (curiosamente tiene una pequeña espina clavada en mano derecha) que perteneció a la Madre Fundadora, es una talla quiteña o fanal del siglo XIX y se encuentra en el museo en la Casa Madre.

aceptó el ofrecimiento de su hermana, Tránsito, que quería llevársela a Córdoba, donde residía".

En todas estas pruebas, pese a las tinieblas y al aislamiento, nadie oyó salir de sus labios ni una queja ni una protesta.

Glaucoma

El Dr. Alberto Cárdenas, reconocido médico especialista en Oftalmología y jefe de la lucha anti-tracoma en Santiago del Estero, interrogado sobre el tipo de dolencia, dio esta respuesta: "Mercedes fue acometida bruscamente por intensos dolores en ambos ojos, con pérdida completa de la visión. Éstas son las características de una enfermedad ocular, llamada "glaucoma". En esa época no se conocía un tratamiento curativo para ese mal. No había otro remedio que seccionar el nervio óptico para apaciguar la intensidad de los dolores, o bien, inyectar alcohol detrás del globo ocular, cosa que equivale a su sección quirúrgica.

"El Dr. Aguirre resolvió operarla, aunque sin ninguna esperanza de recuperación visual, ya que, al seccionar el nervio óptico, se interrumpe la conexión entre la retina que recibe la impresión de la forma y del color de los objetos, y los centros visuales del cerebro que elaboran la imagen".

"Transcurrido un año y medio de ceguera completa, fue examinada de nuevo por quien la había operado, quien reafirmó la imposibilidad de recuperación visual".

También San Francisco sufrió graves dolencias en la vista a causa de la conjuntivitis, que se le había contagiado en su viaje al Oriente.

Mercedes aceptó la Cruz, pero al mismo tiempo deseaba la luz para sus pupilas. Las opiniones de los oftalmólogos eran tajantes; pero la fe de la Sierva de Dios era más fuerte. Ella sabía, porque el Evangelio se lo decía mil veces, que *"atender a un enfermo es la obra más agradable al Señor y le nació íntimamente el anhelo de consagrarse a ella, si recobraba la vista"*. Gracias a Dios, recobró la vista y enseguida se lanzó a una fundación para asistir a los enfermos.

El milagro de la luz

El Hermano Chapo, testigo de este tiempo, afirma que *"la Madre Mercedes Guerra, siempre con esa fe inquebrantable y con una caridad sin igual, seguía llevando la cruz con paciencia. Como era de suponer, ya no tenía recursos y era sostenida por las buenas amigas que se había ganado con su proceder correcto"*.

El joven Domingo Eduardo de Lezica, hijo de Ambrosio y de Rosa Lastra, había sido enviado a Francia para sus estudios. El 15 de septiembre de 1870, fue sorprendido por la guerra franco-prusiana. Se alistó como ayudante de cirugía para asistir a los heridos en Sedán y fue condecorado con la Medalla militar. Antes de regresar a Buenos Aires, corrió a Lourdes para expresar su devoción y, conociendo las maravillas de esa agua, se trajo algunos frascuitos.

Al llegar a su casa, le hablaron de la ceguera de la pobre santiagueña; y enseguida se preocupó de vi-

sitarla, llevando un frasco del agua de la Gruta de Lourdes. Relata la *Crónica*: *"El joven Domingo Eduardo Lezica, en cuya casa comenzara la ceguera, le hizo una visita llevándole en obsequio un frasco del agua de Lourdes y le habló de las maravillosas curaciones que se contaban, aconsejándole que la usase con fe"*.

"No necesitó mucha elocuencia para convencer a quien era tan devota de la Virgen. Con filial confianza principió una novena, reiterando la promesa de que, si recuperaba la vista se dedicaría por completo al cuidado de los enfermos y, más aún, que trataría de formar una sociedad con ese fin".

Postrada ante la imagen de la Inmaculada, desgarrando rosarios y mojando con gotas de agua los ojos, cada día ofrecía sus súplicas. ¡Y el milagro se hizo! *"A los pocos días, tuvo una visión pasajera, en que podía distinguir los cirios que alumbraban la imagen. Esa visión confirmó su fe y el fenómeno se repitió varias veces"*.

"Después de unas cuantas curaciones, empezó a ver un poquito y fue al Hospital de Clínicas a decirle al Dr. Aguirre; pero él no le creyó. Volvió al Hospital y le dijo al Doctor: "Ahora lo veo mejor, Doctor". Volvió al Hospital y el Doctor dijo en clase: "Ustedes saben que hicimos la operación a esa señora para evitar dolores atroces, pero no para darle la vista. Y ahora ella ve. No me explico el hecho. La ciencia hizo lo que pudo para evitar dolores. Ella ve y ve muy bien. Ha recobrado la vista"

Ella se despidió del Doctor y le agradeció la operación. Él le respondió: *"Ud. ve sin ver. Ahora ha de decir que es un milagro. Yo no sé..."*.

Por su parte, el Dr. Gil Smith sometió sus ojos al más detenido y minucioso examen, declarando como resultado que no podía ver, que a lo sumo podía percibir bultos o sombras por el lado de los ojos. Como ella replicaba que, sí, le veía y andaba por las calles sin llevarse por delante ni las paredes ni las personas, debía ser algo más que sombras, el Dr. Gil se concretó a mover la cabeza.

¡Más claro, agua!

Hay una variante graciosa en ese diálogo de sordos entre el Dr. Aguirre y Mercedes: *"El Dr. Aguirre se negó a creer lo que ella le decía asegurando que no podía ser, ya que él, al operarla, le había seccionado el nervio óptico. Ella decía que veía y, para convencerlo, le dijo: "Ud. es bajo, calvo y tiene un reloj de oro en su muñeca". El Doctor. se rió y dijo: "¡Es alucinación! A esa señora le han contado cómo soy, y oye el tic-tac del reloj y supone que el Dr. Aguirre no tendrá un tacho por reloj y, por eso, dice que es de oro...". Así estuvieron largo rato: él, que ella no podía ver; y ella, que podía ver, hasta que el Doctor. se retiró para ver a otros enfermos, quedando con ella un practicante, llamado Usandivaras, a quien le dijo: "Yo lo veo a Ud.: es alto, rubio y picado de viruela". Esta última cosa concluyó por convencerlos, puesto que era verdad".*

Bibliografía:

Lescarret, p. 1...; Córdoba, p. 38...; Castro, p. 200...